

NOTA PREVIA.—En las críticas que siguen se hace un pequeño resumen del argumento, en primer lugar para recordatorio de la propia película, y en segundo lugar, y sobre todo, porque estimo que resumir un argumento es, en cierto modo, hacer crítica, ya que no todos resumirán de la misma forma lo que han visto. ¿Por qué no hace el lector la prueba?

*EL GENERAL DE LA ROVERE* (*Il Generale della Rovere*), de Roberto Rossellini (1959).

Rossellini "antes, durante y después de Ingrid Bergman". Antes: "Roma città aperta", "Paisá", etc., neorrealismo, exaltación de la Resistencia italiana, pobreza de medios, talento, fama mundial.

Durante: *Stromboli*, *Europa 51*, *Te querré siempre*. Entusiasmo entre los críticos ("Rossellini se ha adelantado diez años a la historia del cine") y estruendoso fracaso comercial, pese a la fama de la actriz.

Después: otra vez neorrealismo, otra vez un canto a la Resistencia italiana, y acaso esta repetición intencional sea la principal pega que se puede poner a esta película.

Sobre un argumento de Indro Montanelli, al parecer sobre hechos reales, supone el resurgimiento del gran Rossellini. Gran Premio (compartido con *La gran guerra*, de Monicelli), y Premio de la Oficina de Cine Católico en Venecia.

Cinco premios en San Francisco, premios en Italia, etc. Exito esta vez común a crítica y público, y muy justificado, pues se trata de una película veraz, humana, emocionante.

La historia, en pocas palabras: En Italia del Norte, bajo control alemán, Bardone, un granuja, se hace pasar por el coronel para sacar dinero a las familias de los detenidos políticos, fingiendo una influencia con los alemanes. Detenido por éstos, y para salvarse, acepta ingresar en la cárcel haciéndose pasar por el general de la Rovere (cuya muerte ocultan los alemanes) y sonsacar la personalidad del verdadero jefe de la Resistencia. Al contacto con la amarga realidad del sacrificio y del heroísmo de sus compañeros, que lo toman por héroe, vence su granujería y su miedo, prefiriendo ser fusilado en un impulso de honor y de lealtad... con algo también de "bello gesto de gran hombre".

Estudio admirable de un tipo muy humano. De forma sobria y bien ambientada se va pasando de la picaresca al patetismo, hasta culminar en el sencillo y emocionante final. Y esto se consigue tanto por la realización, con ese manejo de cámara que "anda entre los personajes" y la creciente intensidad del ritmo, como por la transformación interpretativa de Vittorio de Sica, que partiendo de su línea habitual (eso sí, más sobria) llega a la expresión dramática intensa hasta "ser" el general, viviendo así el gran papel de su vida de simulador. Porque este aspecto, el de que "el hábito esta vez

sí hace al héroe" es fundamental para la película, máxime si es verdad, como parece, que Rovere no existió y fué un invento de los alemanes, que no supieron prever la evolución al heroísmo de Bardone.

Si la primera parte y por la presencia de Vittorio de Sica puede parecer una muestra más de la picaresca italiana, todas las escenas de la cárcel, contadas con gran sobriedad (así el bombardeo aéreo se describe con las explosiones vistas a través del ventanal, haciendo coincidir cada una con un acercamiento brusco de la cámara) llegan a coger al público y elevan extraordinariamente el tono general de la película.

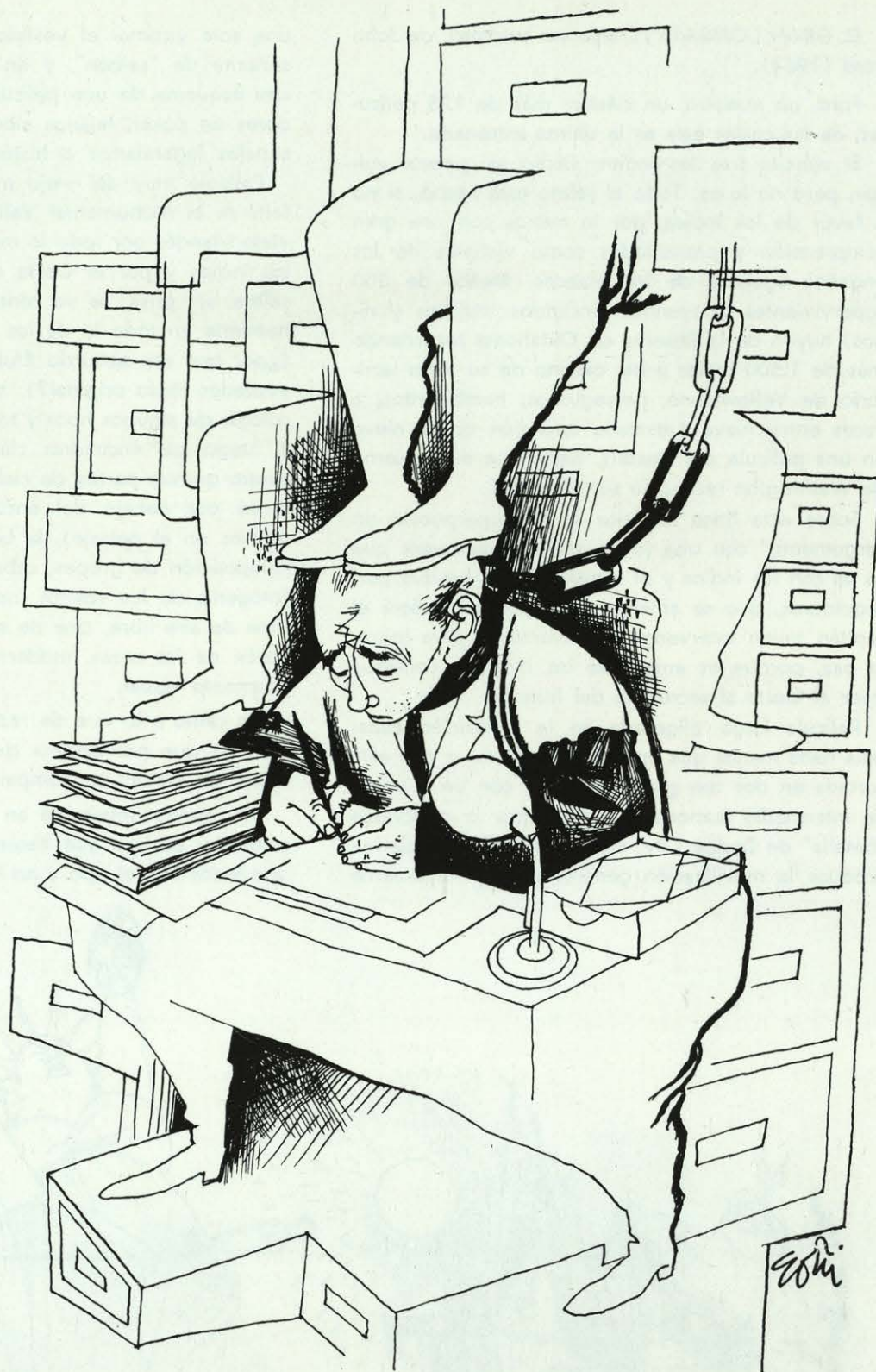
Vittorio de Sica ha hecho tal vez su mejor interpretación, y junto a él hay que destacar a Hanness Messemer, que crea un coronel alemán digno, humano, enérgico, sin tópicos ni prusianismos. El resto del reparto vuelve a la línea neorrealista de la primera época de Rossellini.

*EL EMPLEO* (*Il Posto*), de Ermanno Olmi (1961).

Olmi: Un realizador de documentales que se lanza al "argumento". Esta es su segunda película de este estilo, y viene a ser como... un documental de la triste, de la estrecha vida del empleado modesto. Un joven de dieciséis años llega a Milán buscando empleo (suelo pequeño, pero, en cambio, "cosa muy segura"); se examina, aprueba, conoce a una compañera de examen, se enamora, no la vuelve a ver; le colocan de ordenanza en espera de que haya vacante, y cuando la hay, porque ha muerto un viejo empleado, ocupa su puesto monótono, anulador, inmutable, en el deshumanizado engranaje de una gran empresa.

Y esto es todo. ¿Poco? Poco. Pero también mucho, aunque a Olmi le importa más que el esquema temático, el hombre y su ambiente, el detalle pequeño de su peripecia pequeña, y no en un estudio crítico y psicológico sino la exposición de una realidad, el documento de un trozo de vida. Olmi no opina; de esto se encarga el espectador al ver la falta de horizontes de los empleados-máquina, la anulación del hombre como tal. ¡Cuánta tristeza hay en *El empleo*! Pero Olmi no es imparcial; recarga lo triste, no pone siquiera una brizna de espiritualidad en sus personajes; en una palabra, no es optimista. Claro es que en esta línea triste el film es más "cine-denuncia" y tiene más alcance.





Olmi, detrás de la cámara, lo ve todo: asombra la naturalidad, la viveza, por ejemplo, de la secuencia del baile de los empleados, donde unos pocos trazos agudísimos dan idea de los estados de ánimo, consiguiendo tal vez la mejor escena, como cine, de la película. Asombra también la capacidad de síntesis patente en la breve descripción de cada empleado, así como la espontaneidad de las escenas callejeras, la observación visual y ambiental del abismo entre jefes y subalternos. Olmi saca el máximo del mínimo: el breve idilio, el examen, la comida, el viaje en el tren, usando sólo del diálogo

imprescindible para comunicar toda la carga intencional del tema. Lento de ritmo, pero con transiciones bruscas, casi fulminantes (cine moderno), seriamente patético hasta en los rasgos del humor.

Cierto es que *El empleo* no divierte al estilo usual, y es que estamos habituados al "argumento-relato-acción". Comercialmente un fracaso.

Discretos intérpretes, aunque la protagonista debió de gustar al director, como lo prueba el que... se casó con ella.

Premio de la Crítica y premio del O.C.I.D. en Venecia.



EL GRAN COMBATE (*Cheyenne autumn*), de John Ford (1964).

Ford: un maestro, un clásico; más de 125 películas, de las cuales ésta es la última estrenada.

El ejército tras los indios. Dicho así parece vulgar, pero no lo es. Todo el relato está hecho, si no a favor de los indios, por lo menos con una gran comprensión y presentados como víctimas de los engaños egoístas de los blancos. Menos de 300 supervivientes Cheyennes (incluidos mujeres y niños) huyen de la Reserva de Oklahoma recorriendo más de 1.500 millas a pie camino de su viejo territorio de Yellowstone, perseguidos, hambrientos, a veces entre nieve (¡extraña aparición de la nieve en una película del Oeste!), hasta que el Gobierno de Washington reconoció sus derechos.

Sobre esta línea histórica se ha superpuesto un "argumento" con una joven maestra cuáquera que se va con los indios y el capitán de las fuerzas perseguidoras, que se aman, ¡por supuesto!... Será el capitán quien intervenga decisivamente para lograr la paz, porque es amigo de los indios y consigue traer al Oeste al secretario del Interior.

Película larga, aligerada en la exhibición española nada menos que en treinta minutos, y que está cortada en dos con gran habilidad, con un a modo de intermedio humorístico para contar la pintoresca "batalla" de Dodge City, en la que una falsa alarma produce la movilización general y afortunadamente

una sola víctima: el vestido de raso de una bella señorita de "saloon", y en la que Ford condensa casi esquema de una película entera, con sus jugadores de póker, tejanos alborotadores y viejos personajes legendarios o históricos.

Película muy del viejo maestro y en la que no falta ni el Monumental Valley ni el cariño de este viejo irlandés por todo lo militar, ni su simpatía por los indios y por el Oeste entero. Lentamente, con calma, sin prisa, se va contando la historia, solemnemente en todo lo de los indios, con poca acción (¿por qué ese absurdo título español en lugar del evocador título original?), trazando también la psicología de algunos tipos y todo ello en pocos rasgos. Y luego sus encuadres clásicos (en los que hay cuatro quintas partes de cielo y los personajes aparecen por debajo del encuadre hasta quedar inmersos en el paisaje), la belleza de paisajes y de composición de grupos, caballos en fila a contraluz, fotogenia de los rostros indios, excelente colorido. Cine de aire libre, cine de sentido común, con seria visión de las cosas, modernamente antiguo y antiguamente actual.

Un canto a lo que de razón tenían los indios, en un *film* que por encima de todo es un estilo, un modo de sentir, un compendio de toda una obra.

Un reparto impecable en el que están mejor los actores y actrices que hacen de indios, pero en el que todos dan el tipo y no hay vedettismos inútiles.

